

# Un Conquistador Andaluz en la Roma Papal

Por F. Ruiloba Palazuelo

En HAZ, revista nacional del S. E. U. (julio-agosto 1943) se publicó un artículo biográfico sobre el insigne cordobés el Cardenal Toledo, del cual reproducimos los párrafos más interesantes y la fotografía del retrato del biografiado. El autor anuncia un trabajo de más empeño, para el cual «está metido en un largo viaje por el mundo del purpurado cordobés que murió en Roma».

El Cardenal Francisco de Toledo nació en Córdoba, en un hogar de menguada economía, en el año 1532, y murió en Roma en 1596; lugar donde su cadáver reposa en la semioscuridad de la Basílica de Santa María la Mayor; sobre la piedra sepulcral se lee esta escueta inscripción:

FRANCISCO TOLEDO CORDUBENSI, S. R. E.  
PRESB. CARDIN.

SUMMO THEOLOGO, VERBI DEI PRAEDICATORI  
EXIMIO

Estudió en Valencia y en Salamanca, con tanta aplicación que, a los veintitrés años dicen que ya enseñaba Filosofía; de mozo ingresó en la Compañía de Jesús, fué novicio en Simancas y después marchó a Roma, donde ejerció con notable éxito las profesiones de diplomático, docente de Filosofía y de Teología, publicista, predicador y consejero de la Penitenciaría y del Tribunal de la Inquisición. El Papa Clemente VIII le hizo Cardenal, y con él tuvo la Orden el primer purpurado.

Esta es, telegráficamente narrada, la biografía del Cardenal.

Solo voy a descubrir dos dimensiones del purpurado cordobés: la diplomática y la filosófica. Pero aún es preciso hacer otra restricción: solo, de entre muchas, haré mención de dos misiones diplomáticas; trazaré la primera según el decir espartano: una vez llegó a los Países Bajos portador del parecer papal, donde un pensador traía revuelta a la Universidad de Lovaina. El encargo se lo encomendó Gregorio XIII en estas circunstancias. Miguel Bayo, docente desde

hacía años en esa Universidad, hombre de pensamiento frío y con vena de luchador, hacía lanzas contra el enemigo número uno por aquellos días: el protestantismo. Pero, oh condición humana, el contacto con aquello mismo que odiamos, al fin y al cabo contagia: Bayo no fué una excepción; por de pronto, en su lucha encadenada desde la palestra del pensamiento, usa las mismas armas dialécticas que su enemigo. Más la cosa no para ahí, el pensador belga vierte doctrinas erradas acerca de la naturaleza humana no caída, de la libertad y de la justificación en función de la acción moral. Esto es heterodoxo, y Bayo queda amonestado por Roma y luego condenado; a regañadientes se retracta, pero pronto vuelve a izar el banderín de combate en favor de sus teorías; el peligro es grave, porque Lovaina es una avanzadilla firme de la cristiandad ortodoxa.

En este nuevo levantamiento de Bayo, Gregorio XIII echó mano de nuestro paisano como hombre prudente y sobre todo, docto. Toledo llega a Lovaina y consigue, en medio del enorme revuelo de ese notable centro intelectual, que el heterodoxo abjure. El éxito fué un triunfo personal del sabio jesuita español.

Vaya ahora la segunda: años después llevó otra embajada, y ésta difícil si las hay, a Francia, para ver cómo podría arreglarse la terrible discordia encarnada en Enrique IV, el rey hugonote, famoso por su frase popularmente conocida: «No es igual cambiar de camisa que de religión»; también cierta tradición pone en boca del rey francés eso de «París bien vale una misa», mas parece ser que si bien se dijo con ocasión de su trance religioso, no fué pronunciada por el mismo rey. Sería inexacto afirmar que Toledo hizo aquí lo que César en la Galia; pero su gestión fué provechosa para que en posteriores entrevistas se pudiera poner fin al problema en el que Francia se desgarraba física y moralmente. Veamos la otra dimensión.

Desde luego, si en el postrero lugar se va a situar a nuestro Cardenal como filósofo, ello no quiere decir que esa dimensión sea la más débil nota personal de entre sus valores característicos. Antes bien, no será mentira afirmar que el Cardenal Toledo fué primero que otra cosa un filósofo; y si no, ahí están ese montón de tratados filosóficos. Más, aquí llegados, es oportuno advertir que el cordobés no fué un marcador de rutas, lo que se llama un filósofo con originalidad sobresaliente a la manera de Santo Tomás o de Duns Escoto. Nada de regatearle un mérito, pero tampoco usar para con él de ese gracioso defecto tan frecuente en sus paisanos: la exageración.

No es de este lugar entrar en detalles de las opiniones que en los

distintos problemas filosóficos sustentó Francisco de Toledo; aportará nada más que unos datos para perfilar vagamente la silueta espiritual del Cardenal Toledo, citando sus obras propiamente filosóficas con alguna de las ediciones que de ellas se han hecho, y constatando la atención que le prestaron algunos de sus contemporáneos, amigos o enemigos.

Las obras son las siguientes: dos sobre lógica, *Introductio in dialecticam Aristotelis*, impresa en Roma el año 1560, en Colonia 1575 y Sevilla 1577; y la otra se llama *Comentaria una cum questionibus in universam Aristotelis logicam*, editada en Roma en 1572 y luego en Alcalá en 1578 y nuevamente en 1583. Tres de Filosofía natural: *Comentaria una cum questionibus in octo libros de phisica auscultatione*, editada en Venecia en 1573; enseguida se hicieron dos ediciones en Alcalá 1577 y 1583; *Comentaria una cum questionibus in duos libros Aristotelis de generatione et corruptione*, publicada en Venecia en 1575 y después en 1583; *Comentaria una cum questionibus in tres libros Aristotelis de anima*, Venecia 1575, 1583, Alcalá 1579. Tiene Toledo además una obra que, aunque no es exclusivamente filosófica, sin embargo hay desparramados por sus páginas multitud de finos conceptos filosóficos: es la *Enarratio in summam theologiae Sancti Thomae*: esta gran obra sufrió un largo retraso editorial, pues no se publicó hasta los años 1869 y 1870, por iniciativa y bajo la vigilancia del Padre José Paria.

Un poco más tarde, en 1586, se publicaron juntas estas obras en Lyon con el rótulo siguiente: *D. Francisci Toleti S. J. omnia quae hujusque extant opera*.

Citadas las obras filosóficas, veamos qué juicios mereció de algunos de sus contemporáneos: Aquaviva, general de la Compañía, ordena que se estudie en los Colegios la Filosofía por los textos del Cardenal Toledo. San Francisco de Borja, en carta al Padre Láynez, afirma que Toledo es «uno de los más doctos y de gran entendimiento que hay en España»; y un enemigo del Cardenal Toledo, el protestante Budeo, no se cansa de alabar la hondura y agilidad de pensamiento del Cardenal andaluz; y, para terminar, el Papa Gregorio XIII le concede el insólito privilegio de publicar sus obras sin previa censura, con lo que patentiza la sabiduría y seriedad científica de nuestro paisano.

(1) Ramírez de Arellano en su *Catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, dice que nació en Córdoba a 11 de octubre de 1533 y fué bautizado en la parroquia de San Miguel. Hace la biografía y lista de sus obras y publica en facsímil la firma y rúbrica del Cardenal.